

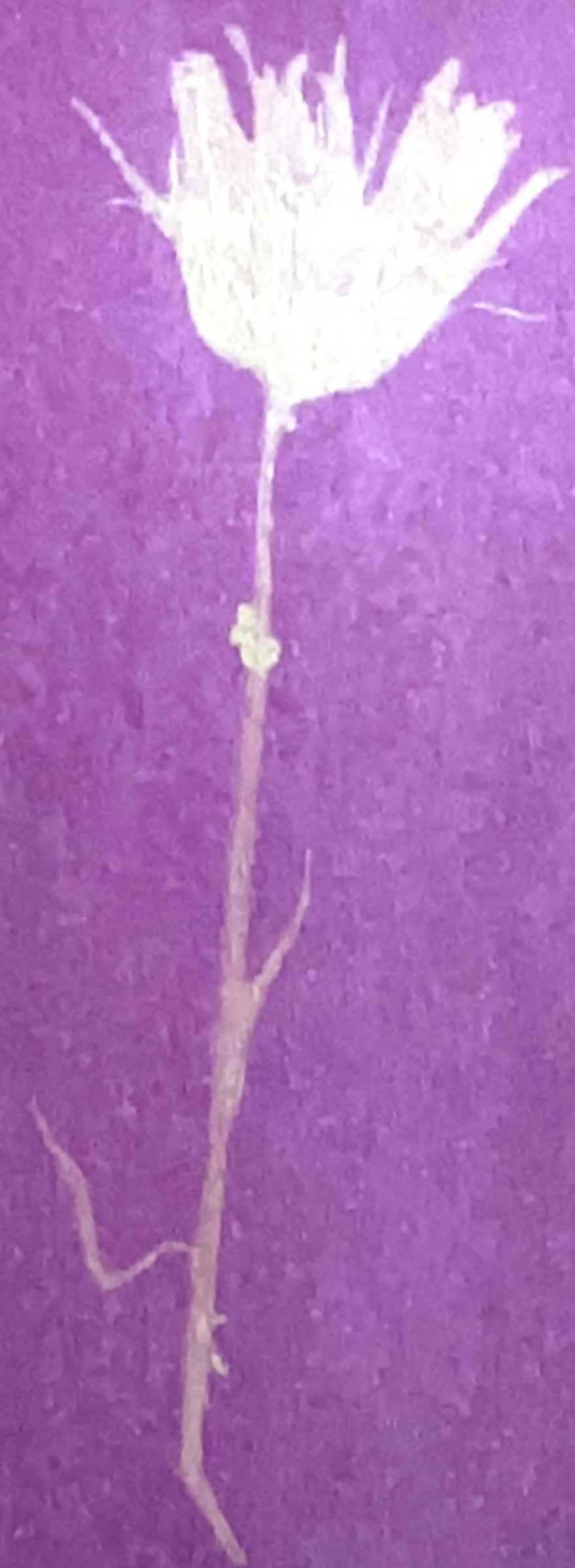
PACHA MANAS

COSTURANDO
CONVERSAS
SOBRE
ABORTO



Org.
Marina
Alegre
&
Margherita
Isola





PA- CHA MA- NAS

Costurando
conversas
sobre aborto



APRESENTAÇÃO

GOETHE-INSTITUT SÃO PAULO
TATJANA LORENZ

7

11

O QUE É PACHA MANAS

MARINA ALEGRE E MARGHERITA ISOLA

BORDAR, ESCUCHAR,
SEMBRAR, CUIDAR:
O LO QUE LAS PLANTAS
NOS ENSEÑAN

YERA MORENO SAINZ EZQUERRA

TRADUÇÃO EM PORTUGUÊS

25

31

CONHECIMENTO TRADICIONAL E ASPECTOS REPRODUTIVOS

ELIANA RODRIGUES

TRADUÇÃO EM ESPANHOL

45

ABORTO:
TABU E REALIDADE NA EXPERIÊNCIA
REPRODUTIVA DAS MULHERES

ELLEN VIEIRA

59

ABORTO: UM RELATO
SOBRE O QUE PASSAM
AS PESSOAS NEGRAS
QUE ENGRAVIDAM

ANDRÉIA ALVES

79

85

CUIDAR Y ACOMPAÑAR NUESTRAS VIDAS Y NUESTRAS MUERTES

KAREN MAR MERCADO ANDIA

93

TRADUÇÃO EM PORTUGUÊS

O ABORTO
CRIMINALIZADO
E TUDO AQUILO
QUE NOS CORTA

NATHALIA DIÓRGENES

103

113

MANIFESTO POÉTICO

MARINA ALEGRE E MARGHERITA ISOLA

118

TRADUÇÃO EM ESPANHOL

HERBÁRIO

125

MORREM POR ANO MAIS QUE O DOBRO DE MULHERES NEGRAS DO QUE BRANCAS POR ABORTOS ILEGAIS NO BRASIL

Ministério da Saúde/SAS. Sistema de Informações de Mortalidade -
SIM 2003 - 2005 www.datasus.gov.br

BORDAR, ESCUCHAR, SEMBRAR, CUIDAR

O LO QUE
LAS PLANTAS
NOS ENSEÑAN

YERA MORENO SAINZ-EZQUERRA

“La historia de las plantas
no está en lo que dicen,
sino en lo que hacen”

ROBIN WALL KIMMERER,
Una trenza de hierba sagrada.

Para hablar de todo lo que me gustaría hablar en estas páginas, y en esta invitación que Margherita y Marina me han hecho, necesito empezar hablando de cómo Margherita y yo nos conocimos, porque eso habla ya mucho de todas esas cosas que este texto pretende, tímidamente, nombrar.

A Margherita y a mí nos pone en contacto un amigo común de ambas. Ella y yo nos habíamos cruzado en el marco del PEI¹, pero no llegamos a conocernos allí. Nuestro amigo nos escribe meses después porque intuye que Margherita y yo podemos tener cosas que compartirnos:

Margherita tiene un proyecto en marcha, su farmacia guerrillera (Guerrilla Drugstore)², y yo vengo trabajando desde hace tiempo en torno a la botánica desde una perspectiva feminista y queer en varios proyectos. Nuestro amigo no se equivocaba. A partir de ese primer mail en el que nos pone en contacto empezamos a hablar, porque efectivamente teníamos cosas que contarnos y compartirnos. Y esa conversación ha continuado desde entonces y ha ido dándose en torno a distintos cruces, pero siempre acompañada de nuestro afecto por las plantas. Margherita me invitó a ser badante (cuidadora) de una de las plantas que forman parte de su farmacia guerrillera: la del tabaco, que por las condiciones climáticas en estas tierras desde las que escribo (Europa) necesita ser cuidada en espacio interior. Me llegaron las semillas del tabaco gracias a los cuidados de otras mujeres, las Mujeres do Gau, un colectivo de mujeres jubiladas que administran un vivero en la periferia de São Paulo, muy lejos, por tanto, del lugar donde esas semillas iban a ser plantadas (mi salón lleno de otras muchas plantas) y cuidadas. Unos meses más tarde, le lanzamos a Margherita una invitación para que viniera a la Facultad de Bellas Artes donde doy clases, dentro de unas Jornadas de Saberes Ecofeministas que organizábamos. En esa ocasión, Margherita vino acompañada de otra guerrillera, Piluca, y de la artemisia que ambas habían recogido (la artemisia también es una de las plantas de la farmacia guerrillera que tiene mucho que enseñarnos). Pasamos una tarde bajo un sol de invierno precioso, acompañadas de otras estudiantes y amigas de Bellas Artes, preparando esa artemisia para hacer tintura. Hablo de todo ello porque, para mí, hablar de nosotras es hablar de unos afectos y unas redes que se han ido tejiendo a través de las plantas, y de todo un intercambio de hierbas, semillas y saberes plantiles que van articulando una relación de amistad y de cuidado que hacemos y aprendemos con esas plantas que nos acompañan. Y es justo de todo eso de lo que también habla el proyecto Pacha Manas que se vuelca hoy en este libro.

Por eso, empiezo este texto también acompañada de Wall Kimmerer y de su sabiduría y amor a las plantas y a todo lo que ellas hacen, porque este texto, al igual que Pacha Manas, quiere reivindicar el hacer, el

estar, el escuchar, el cuidar y busca la conversación entre amigas y entre gente que, sin serlo, se hace amiga en una escucha y un hacer compartido. Pacha Manas es justo todo eso, un estar en torno a las plantas y sus saberes que han ido pasando a través de conversaciones, en tardes de bordado, en charlas compartidas sobre cosas bonitas y muy feas, en una conversación muy larga a través de generaciones de mujeres que han ido transmitiéndose lo que sabían y lo que no, lo que aprendían de ese hacer de las plantas, que iba escapando del monopolio colonial, de su expropiación y de la consiguiente explotación farmacéutica, y que continuaba ahí en esas conversaciones pequeñas y cotidianas que se dan entre mujeres y a las que los grandes saberes no dan importancia. Por eso, todo esto habla también de resistencias, no sólo a las violencias que los cuerpos de esa genealogía de mujeres han sufrido (herboristeras, curanderas, sabias, brujas, parteras, chamanas) y que forman parte de nuestra herencia dentro de dicha genealogía, sino también a la tremenda violencia y explotación que nuestras queridas amigas sabias, las plantas, han sufrido también dentro de este sistema colonial y patriarcal.

No es por ello casual que Pacha Manas se inicie en un territorio víctima de esa violencia y explotación colonial como lo es Brasil, pero que también es un lugar de resistencia y herencia de esos saberes ancestrales. Y no es casual que todo ello ocurra en medio de una conversación de mujeres que bordan y se dicen lo que saben y han aprendido de otras (madres, abuelas, amigas) y de esas grandes sabias que nos acompañan, que son las plantas. Esa conversación no es la del saber académico y sus dogmas y verdades científicas, sino la de quien cuida a otras y otros y se sabe vulnerable, la de quienes han vivido en sus propios cuerpos violencias y han recurrido a nuestras aliadas, las plantas, para lograr sobrevivir a todo ello. En esa conversación no hace falta recurrir a taxonomías ni clasificaciones botánicas, basta con saber lo que otras han aprendido de lo que las plantas hacen y que nos lo cuenten, con el lenguaje cotidiano de la conversación

entre amigas que sabe nombrar desde mucho antes que el científico lo hiciera.

El proyecto Pacha Manas, que Margherita y Marina ponen en marcha junto a muchas otras, se ubica, también, en esa tradición de resistencia llevada a cabo por las mujeres y los sujetos subalternos que han seguido haciendo y articulando saberes desde un hacer que se hace en los márgenes y que, por ello, se va volcando en unas prácticas que los grandes y serios saberes consideran menores y femeninos (ilustraciones botánicas, pinturas de flores, herbarium, bordados, arte textil, etc.). Y es que lo que nuestras amigas las plantas hacen, y de lo que aprendemos tanto, necesita también de otros haceres. Así, Pacha Manas es una conversación que transcurre bordando, enlazando tradiciones que cultivan, que se hablan oralmente, donde la escucha es esencial, como también lo es el tiempo que nos damos para conversar y escuchar a otras. El bordado es uno de esos saberes ancestrales que transmite su sabiduría alejándose de la imposición del formato escrito. El bordado es una acción colectiva que, precisamente, a través de ese hacer con otras genera comunidad. Una se junta a bordar con otras y, mientras las manos bordan, las bocas hablan de lo que nos ha ocurrido y las orejas escuchan. Ahí está ya emergiendo una comunidad afectiva donde se cuenta y comparte lo ocurrido, convirtiendo las violencias individuales en violencias colectivas y, mientras esto sucede, ya se está dando un ejercicio de resistencia colectiva que resignifica todas esas violencias y las sana. Porque nuestras queridas amigas las plantas también nos enseñan eso, cómo sanarnos colectivamente y cómo enseñar a otras a hacerlo.

En su hacer, las plantas nos enseñan cosas muy valiosas para nuestra supervivencia. Una de ellas es que la vida sólo puede ser interdependencia: sobrevivimos gracias a las redes afectivas y de cuidados, al igual que lo hacen las plantas. Sólo así podemos explicar que sigan sobreviviendo a pesar de la tremenda y continuada violencia que les infringimos. Por eso, Wall Kimmerer alude a los líquenes como “una de las criaturas más antiguas de la tierra, que nacieron de la reciprocidad”³. Esa reciprocidad

implica el saber que, para sobrevivir, necesito a otras, que son ellas quienes me ayudan a mí a ser, que sólo puedo ser si soy con ellas. Y ese ser y estar compartido, ese cuidado que nos hacemos unas a otras, implica también el mostrarnos vulnerables. Sólo así, cuando muestro mis heridas, otra puede curarlas. Por eso los líquenes, sigue diciéndonos Wall Kimmerer, "no son una sola criatura"⁴, sino varias. Y por eso también las heridas que se comparten en las conversaciones y bordados de Pacha Manas son sanadas. Porque en un contexto de violencia colonial, racista y patriarcal, cuando compartimos nuestra herida con otras que también llevan sus cicatrices, nos volvemos comunidad gracias a esa vulnerabilidad. Y al igual que las plantas, sobrevivimos gracias a ello.

No puedo terminar este texto sin nombrar el contexto en el que lo escribo: un momento especialmente reaccionario y conservador en el que el aborto (y otros muchos derechos sexuales y reproductivos) sigue siendo negado y penalizado en muchos países, mientras que en otros se debate sobre si, tras años de haberlo conseguido, debería volver a ser ilegalizado, condenando de nuevo los cuerpos de las mujeres (especialmente las más pobres, las no blancas, la que menos acceso a recursos económicos y sanitarios tienen) a una de las tantas violencias acumuladas en esas genealogías que nos preceden. En este contexto, quiero que miremos y compartamos todo lo que Pacha Manas viene a mostrarnos, todo lo que otras nos han legado y contado en esas conversaciones, todo lo que nuestras amigas las plantas, tan sabias, nos siguen enseñando. Por eso, vuelvo a los bordados como un hacer juntas, como esa herencia que otras nos han regalado y que nos permite sobrevivir en un contexto tan individualista y hostil como en el que estamos. No dejemos de ser líquenes.

¹ Programa de Estudios Independientes del Área de Arte Contemporáneo de Barcelona (MACBA).

² <https://laescobor.com/la-escobor-guerrilla-odj-store/3482>

³ Wall Kimmerer, *Wobesieck*, Ediciones de la Casa Encendida, Madrid, España: Capitán Swing, p. 316.

⁴ Op. cit., p. 310.

NO BRASIL
CERCA DE METADE
DAS MULHERES
QUE FIZERAM UM
ABORTO INSEGURO
PRECISOU SER
INTERNADA
PARA FINALIZAR
A INTERRUÇÃO

Pesquisa Nacional do Aborto PNA 2016

BORDAR,
ESCUTAR,
SEMEAR,
CUIDAR

OU O QUE
AS PLANTAS
NOS ENSINAM

YERA MORENO SAINZ-EZQUERRA

“A história das plantas
não está no que dizem,
mas no que fazem.”

ROBIN WALL KIMMERER,
Una trenza de hierba sagrada

Para falar de tudo o que eu gostaria nestas páginas, a partir do convite que Margherita Isola e Marina Alegre me fizeram, preciso começar contando como Margherita e eu nos conhecemos, pois isso já diz muito sobre todas as coisas que este texto pretende, timidamente, abordar.

Quem nos colocou em contato foi um amigo em comum. Margherita e eu já tínhamos nos cruzado no contexto do PEI¹, mas não havíamos chegado a nos conhecer. Alguns meses depois, esse amigo nos escreveu, porque intuía que poderíamos ter coisas para compartilhar: Margherita

tem um projeto em andamento, sua farmácia de guerrilha (Guerrilla Drugstore)², e eu venho trabalhando há bastante tempo ao redor da botânica – a partir de uma perspectiva feminista e queer –, em diversos projetos. Nosso amigo não estava errado. A partir do primeiro e-mail em que ele nos pôs em contato, passamos a conversar, porque de fato tínhamos coisas para contar uma à outra e para compartilhar. Desde então, essa conversa continuou e tem tomado diversos rumos, mas sempre acompanhada de nosso afeto pelas plantas. Margherita me convidou para ser babá (cuidadora) de uma das plantas que fazem parte de sua farmácia guerrilheira: a de tabaco, que pelas condições climáticas da terra de onde escrevo (Europa), precisa ser cultivada em ambiente interno. As sementes de tabaco chegaram a mim graças aos cuidados de outras mulheres, as Mulheres do Gau, um coletivo de mulheres que administram um viveiro na periferia de São Paulo; muito distante, portanto, do lugar onde essas sementes iriam ser plantadas (minha sala cheia de muitas outras plantas) e cuidadas. Alguns meses mais tarde, fizemos um convite à Margherita para que viesse à faculdade de belas artes onde dou aulas, no contexto de uma jornada de saberes ecofeministas que estávamos organizando. Nessa ocasião, Margherita veio acompanhada de outra guerrilheira, Piluca, e da artemísia que ambas haviam colhido (a artemísia também é uma das plantas da farmácia guerrilheira que tem muito a nos ensinar). Passamos uma tarde sob um lindo sol de inverno, acompanhadas de outras estudantes e amigas do curso de belas artes, preparando a artemísia para fazer tinta. Comento tudo isso porque, para mim, falar sobre nós duas é falar de afetos e redes que foram sendo tecidos através das plantas, e de todo um intercâmbio de ervas, sementes e saberes da plantação que vão articulando a relação de amizade e de cuidado que mantemos e sobre a qual aprendemos com as plantas que nos acompanham. E é exatamente disso tudo que trata o projeto Pacha Manas, que agora toma a forma de livro.

Por isso, começo este texto acompanhada por Wall Kimmerer e por sua sabedoria e amor às plantas, e a tudo o que elas fazem. Porque

este texto, assim como o projeto Pacha Manas, quer reivindicar o fazer, o estar, o escutar, o cuidar; e busca estimular a conversa entre amigas e pessoas que, sem sê-lo, se fazem amigas em uma escuta e em um fazer compartilhado. Pacha Manas é exatamente isso, um estar ao redor das plantas e de seus saberes que foram difundidos através de conversas, em tardes de bordado, em bate-papos sobre coisas bonitas e muito feias, em uma conversa longa através de gerações de mulheres que se transmitiram o que sabiam e o que não; o que aprendiam com o fazer das plantas, que ia escapando do monopólio colonial, de sua exploração e da consequente exploração farmacêutica, mas que seguia ali, nessas conversas pequenas e cotidianas que se estabelecem entre mulheres e às quais os grandes saberes não dão importância. Assim, falo também de resistências. Não apenas da resistência às violências que os corpos dessa genealogia de mulheres (erveiras, curandeiras, sábias, bruxas, parteiras, xamãs) já sofreram e que fazem parte de nossa herança dentro da dita genealogia, mas também à tremenda violência e à exploração que nossas queridas amigas sábias, as plantas, sofreram dentro do sistema colonial e patriarcal.

Não é por acaso que Pacha Manas se iniciou em um território vítima dessa violência e exploração colonial como o Brasil – que também é, no entanto, um lugar de resistência e herança desses saberes ancestrais. E não é casual que tudo isso aconteça em meio a uma conversa de mulheres que bordam e se contam o que sabem e o que aprenderam com outras (mães, avós, amigas) e com essas grandes sábias que nos acompanham, que são as plantas. Essa conversa não é a do conhecimento acadêmico e de seus dogmas e verdades científicas, mas de quem cuida de outras e outros e se sabe vulnerável, de quem viveu violências em seus próprios corpos e recorreu a nossas aliadas, as plantas, para conseguir sobreviver. Para estar nessa conversa não é necessário recorrer a taxonomias nem a classificações botânicas, basta que outras tenham aprendido sobre o que as plantas fazem e então nos contem, com a linguagem cotidiana de uma conversa entre amigas, que já sabe nomear muito antes de os cientistas o fazerem.

O projeto Pacha Manas, que Margherita e Marina conduzem junto a muitas outras, se situa, também, nessa tradição de resistência levada a cabo pelas mulheres e pelos sujeitos subalternos, que seguiram fazendo e articulando saberes desde um fazer que se faz, à margem – e que, por isso, foram sendo considerados pelos grandes e sérios saberes como práticas menores e femininas (ilustrações botânicas, pinturas de flores, herbários, bordados, arte têxtil etc.). Porque o que nossas amigas plantas fazem, e que tanto nos ensina, precisa também de outros fazeres. Assim, Pacha Manas é uma conversa que se dá bordando, enlaçando tradições que cultivam, que se falam oralmente, onde a escuta é essencial e também o é o tempo que nos damos para conversar e escutar umas às outras. O bordado é um desses saberes ancestrais que transmite sua sabedoria se afastando da imposição do formato escrito. O bordado é uma ação coletiva que através, precisamente, desse fazer com outras, gera comunidade; faz com que uma se junte às outras para bordar e, enquanto as mãos bordam, as bocas falam do que acontece e as orelhas escutam. E desse modo já está emergindo uma comunidade afetiva que conta e compartilha o que acontece, convertendo as violências individuais em violências coletivas – e enquanto isso acontece, já está em curso um exercício de resistência coletiva que ressignifica todas as violências e as cura. Porque nossas queridas amigas plantas também nos ensinam isso: como nos curar coletivamente e como ensinar outras a fazê-lo.

Em seu fazer, as plantas nos ensinam coisas muito valiosas para nossa sobrevivência. Uma delas é que a vida só pode ser interdependência: sobrevivemos graças às redes afetivas e de cuidados, tal qual as plantas. Só assim podemos explicar que elas sigam sobrevivendo apesar da tremenda e contínua violência que lhes infringimos. Por isso Wall Kimmerer alude aos líquens como “umas das criaturas mais antigas da terra, que nasceram da reciprocidade”³. Essa reciprocidade implica saber que, para sobreviver, eu preciso de outras, que são elas que me ajudam a ser; que eu só posso ser, se sou com elas. E esse ser e estar compartilhado, esse cuidado que temos umas com as outras, implica também se mostrar vulnerável. Só assim, quando mostro minhas feridas,

outra mulher pode curá-las. Por isso, segue dizendo Wall Kimmerer, os líquens “não são uma criatura só”⁴, mas várias. E por isso também, as feridas que se compartilham nas conversas e bordados de Pacha Manas são curadas. Porque em um contexto de violência colonial, racista, patriarcal, quando compartilhamos nossa ferida com outras que também carregam suas cicatrizes, nos tornamos comunidade graças a essa vulnerabilidade. E assim como as plantas, sobrevivemos graças a isso.

Não posso terminar este texto sem pontuar o cenário no qual o escrevo: um momento especialmente reacionário e conservador, no qual o aborto (e outros muitos direitos sexuais e reprodutivos) segue sendo negado e penalizado em muitos países, enquanto em outros se debate se, anos após ter sido conquistado o seu direito, ele deveria voltar a ser ilegal, condenando novamente os corpos das mulheres (especialmente as mais pobres, as não brancas, as que têm menos acesso a recursos econômicos e sanitários) a uma de tantas violências acumuladas nesses genealogias que nos precedem. Neste contexto, quero que olhemos e compartilhemos tudo o que Pacha Manas vem nos mostrar, tudo o que outras nos confiaram e contaram nessas conversas, tudo o que nossas amigas plantas, tão sábias, seguem nos ensinando. Por isso volto a mencionar os bordados como uma forma de fazer juntas, como uma herança que outras nos presentearam e que nos permite sobreviver em um contexto tão individualista e hostil como o que estamos. Não deixemos de ser líquens.

¹ Programa de Estudos Independentes do Museu de Arte Contemporânea de Barcelona (MACBA)

² <https://laescocesa.org/ca/view/GUERRILLADRUGSTORE/3482>

³ Wall Kimmerer, Robin, em *Una trenza de hierba sagrada*. Madri: Capitán Swing, 2015, p. 316.

⁴ Op. cit, p. 310.